

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—A Sinesio Delgado, por Ricardo de la Vega.—Soneto, por Constantino Gil.—Coplas alusivas, por Eduardo de Palacio.—¿Que cómo me gustan?, por Sinesio Delgado.—¿De verano!, por Fiacro Yrizaroz.—En paños menores, por Miguel Casati.—Cantares, por J. María Pontes.—Cómo se dan los consejos, por Ramón Caballero.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El placer de la caza.—Junto á las olas.—En el campo, por Cilla.



No hay medio humano de combatir los rigores de la temperatura, y poco á poco nos iremos liquidando todos, como los azucarillos.

Las personas de buenas carnes son las que tienen que sufrir mayores tormentos, porque el calor se ceba en ellas hasta un punto verdaderamente inverosímil.

Hay mamá, de la clase de gordas, que se ve obligada á usar camisión de muselina para andar por casa. Otras emplean un procedimiento eficaz, que consiste en pasarse las horas de calor metidas en la artesa, haciéndose aire con un abanico.

Pero lo mejor es envolverse en un impermeable: sólo así se consigue frescura y elegancia al mismo tiempo.

Las niñas de Berbiquí no usan otra cosa, y aseguran que están frescas, como si las hubieran puesto en remojo. Anteayer nos decía su mamá:

—En casa nos va perfectamente con este sistema. La frescura del impermeable sólo puede ser comparada con la de los baños de ola. Además de esto, de cuando en cuando nos enjugamos el sudor con tiras de papel secante. Mi esposo, sin embargo, prefiere la arenilla.

—¿La arenilla?

—Sí, señor; coge la salvadera y se pulveriza las carnes como quien seca una carta.

Hay muchos sistemas refrigerantes, pero ninguno como el que emplea un usurero, á quien le han recetado las duchas. En cuanto ve venir á los mangueros de la villa, se quita la americana y toma asiento en la calle, delante del chorro.

—Pero, hombre—le decía un amigo.—¿Se va V. á morir!

—¿Quién!—contestaba él,—lo que hago con esto es ahorrar un dineral. Siento que mi esposa no pueda hacer lo mismo, pero á esa le doy las duchas en casa.

—¿Cómo?

—La siento en un barreño y le vuelco encima el cubo. Una joven poetisa, pero sudorosa, exclamaba ayer, mirando á los encargados del riego:

—¿Qué envidia me dan esos chicos funcionarios del Ayuntamiento!

—¿Por lo ligeros de ropa?

—No; por lo acuosos.

En el Manzanares se bañan muchas señoritas y no pocos jóvenes; pero hay la debida separación de sexos, que aconseja la sana moral.

La moral está representada por unas esteras putrefactas, pero tupidas: de suerte que contra este seguro valladar se estrellaría cualquier proyecto pecaminoso.

Las señoritas pueden entregarse á la natación y á los juegos acuáticos, propios de la edad, sin temor de ser sorprendidas.

Allí acuden todas las tardes las de López, las de González, las de Rodríguez y mil más, que llenan con la fama de su nombre las tertulias más acreditadas.

Casi todas se han hecho trajecitos sencillos, y elegantes á la vez: blusa de color chocolate de á peseta con trencilla

azul; calzón rematado por un volante en forma de embudo esbelto; alpargata bordada al realce y casquete de hule, procedente de la mesa del comedor.

Las mamás se bañan envueltas en vaporosa túnica de tela de jergón y cubren sus cabezas con pañuelos de apagados colores, que caen sobre la frente á manera de sauce llorón.

Como la juventud es irreflexiva, ocurre á lo mejor que una joven, llevada de su carácter alegre y bullicioso, se aleja de la orilla y pierde pie. Entonces todas las demás doncellas lanzan gritos agudos en demanda de socorro. Las mamás se atropellan unas á otras y caen en montón; las chicas ocultan el rostro entre las manos, para no presenciar el trágico fin de la inexperta nadadora, y el bullicio aumenta, los ayes se convierten en gemidos desgarradores, y nadie se entiende en aquella olla de ondinas.

—¿Una cuerda!—grita una.

—¿Un gancho!—dice otra.

Al fin surge un dependiente armado con un chuzo, y consigue á duras penas extraer á la víctima.

—¿Está muerta?—pregunta una señora, tía carnal de la naufraga, arrancándose el pañuelo con desesperación.

—No está más que *entontecida*—contesta el valeroso dependiente, cogiéndola por el flequillo.

A fuerza de cuidados se consigue que la joven abra los ojos.

—¿En dónde estoy?—pregunta.

—Aquí—dice la tía,—en el Paseo de San Vicente á mano derecha.

Y entre la tía y el dependiente colocan á la joven boca abajo y le dan golpes en mitad de la espalda para que se *desague*.

La víctima comienza á arrojar líquido y á dar patadas.

—Ya vuelve en *sigu*—exclama otra de las bañistas.—Ahora lo mejor es envolverla.

—Que no se entere Marcelino—dice la tía.

—¿Quién es Marcelino?—le preguntan.

—Su novio, que se está bañando en el departamento de los varones.

Pero ¿quién puede poner diques al amor?

Marcelino, atropellando á los guardianes, penetra en el baño de las señoras, sin cuidarse de las exigencias de la sociedad moderna.

—¿Dónde está Isidora?—pregunta todo trémulo, á la vez que se sujeta los calzoncillos.

—¿Un hombre desabrigado!—exclama una de las chicas, tratando de huir.

—Mamá ¡una sábana!—grita otra.

La calma se restablece, y Marcelino es arrojado de allí á mojiçón limpio por el dependiente, que no puede menos de decir, poseído de la natural indignación:

—¿El demonio del señorito! ¡Atreverse á entrar en el baño de las señoras!...

—Eso no tiene nada de particular—dice la tía,—porque se quieren muchísimo. Además, traía puestos los calzoncillos.

No porque haya dado cuenta el MADRID CÓMICO de la aparición del folleto de Fernández Izaguirre, *Rafael Calvo*, primero de la serie que se propone publicar, dejaremos de decir que nos ha parecido muy bien. El público en general tiene la misma opinión, puesto que compra el folleto, y este es un dato elocuentísimo en pro de su mérito literario.

Porque el Sr. Izaguirre es de los que deben hacer literatura con mucha más facilidad y elegancia que algunos académicos.

Y ahora pongamos la firma:

LUIS TABOADA.

Á SINESIO DELGADO

Hace ya dos meses,
querido Sinesio,

que no escribo nada
ni en prosa, ni en verso

El calor me mata;
sólo tengo sueño;
detesto el verano
y adoro el invierno.
Todas las mañanas
voy al Ministerio
á las ocho en punto,
cuando no me duermo.
Tengo allí un despacho
que es bastante fresco.
Allí estoy á gusto,
y allí me entretengo
con los expedientes
que van al Consejo.
Allí van á verme
muchos y diversos
que tienen asuntos
de interés para ellos.
Pero amigo mío,
jamás los porteros
me anuncian visitas
de gente del gremio.
Sólo algunas veces
va Tomás Luceño
(que también figura
en el presupuesto),
á decirme chistes
propios de su ingenio.
A la una me marcho
á casa derecho
Como con mi gente
en paz y sosiego;
tomo una tacita
de café habanero;
me voy á mi cuarto,
me tumbo, y me duermo.
A las cuatro y media
poco más ó menos,
me llaman; me visto,
me pongo el sombrero.
y me voy al río
á mojarme el cuerpo.

¡Qué rica está el agua,
señor don Sinesio!
¡Y qué hondo es el baño!
¡Tiene metro y medio!
Allí se ven todos
con el agua al cuello,
menos yo, que nado-
tan ágil y suelto,
que hundo las vejigas
hasta el mismo suelo.
Concluyo mi baño
y á casa me vuelvo.
Ceno alegremente;
me visto de nuevo;
me voy al Retiro,
y allí me paseo.
Oigo los cantantes;
me parecen buenos:
¡qué cerca del tono
están todos ellos!...
También me divierten
cuatro majaderos
que han dado en vestirse
de frac, para hacernos
creer que han comido
lo menos lo menos
con un *Archiduque*
archipampuneco.
Los tontos abundan,
señor don Sinesio.
¡Stultorum numerus!...
¡Dios nos libre de ellos!...
Pero ya esta carta
pesada va siendo,
y además, al público
no le importa un bledo
si yo estoy sudando
ó si estoy muy fresco.
Adiós, caro amigo:
me falta el ingenio.
A ver si otro día
me ocurre algo nuevo.

RICARDO DE LA VEGA.

SONETO

Tanto afán... ¿para qué? Para ser vieja.
Vivimos empujando á la existencia
para llenar de sombras la conciencia
y de arrugas y canas el espejo.
Marcha la fe con pasos de cangrejo
perdiendo cada día una creencia,
y el amor, que vestía la inocencia,
lo desnuda Archena y Marmolejo.
Anda el hijo y se va... ¡Tal vez no vuelve!
La amistad, que corrió como agua mansa,
ó se seca ó en todo nos envuelve.
La esposa fiel de la virtud se cansa.
El hogar se profana, ó se disuelve.
Morir es descansar... ¡si se descansa!

CONSTANTINO GIL.

COPLAS ALUSIVAS

Pues sí, señores; así como hay buenos poetas que, por serio, economizan al país la molestia de leer con frecuencia desahogos rimados, así hay, y no pocos, individuos copleros que dedican una oda ó un poema á un guardacantón.

Poseen la facilidad, no difícil, de que hablaba Moratín, si no la facilidad de disparatar, que es la más fácil.

Una epidemia, un terremoto, un incendio, una boda, un bautizo, un entierro, todo les sirve como argumento para sus composiciones en verso, más ó menos libre, ó liebre.

Tengo á la vista algunas muestras del género de oportunidad.

Los poetas *ad hoc* no perdonan ocasión.

Se publica la noticia de una boda de hijo: coplas al canto ó al catre:

«Es la novia un ángel puro,
hija de buena familia,
con lo cual bien se concilia
el esposo que es maduro.
Frutos de esta noble unión,
pronto verán los mortales,
á nueve meses cabales
tendremos ya sucesión.»

«A nueve meses,» como quien dice:

«A nueve meses fecha abonaré un chiquillo ó chiquilla...» etc.
¿Tendremos sucesión?
La tendrán los padres de la criatura.
Que nace un niño.

Allá van coplas bautismales:

«Precioso niño en verdad
el que, al fin, nos ha nacido;
es un retrato cumplido
de sus padres sin novedad.»

¿Qué mayor novedad que un chico ó chica?

Es decir: mayor novedad sería que nacieran doce en un solo alumbramiento.

Muere un individuo.

No se libra por esto de alguna elegía ó herejía iliteraria.

«Descansa en paz; tus huesos putrefactos
no verán ya las cosas de la vida;
fuiste ángel tutelar, persona conocida,
y tu familia no olvidará tus actos.»

Ni son para olvidar, si eran actos de obra dramática ó lírica, que el autor no había vendido, y cuyos derechos cobra la familia.

Ocurre una catástrofe, tal como el hundimiento de un edificio.
Las víctimas no escapan sin sus correspondientes coplas:

«Era de Octubre una tarde,
ya cerca del sol Poniente,
cuando se hallaba la gente
ni atrevida ni cobarde
comiendo tranquilamente.
El niño juega en la cuna,
el mayor monta en un perro,
el padre construye una
manufactura de hierro
con honradez oportuna.
De pronto se oye un crujido,
y luego otro, y un chasquido,
¡¡¡y luego se abre una tumba!!!
¿Es que el cielo se derrumba?
No, la casa que se ha hundido.»

En unos cuantos versos está dicho todo.

Es decir, todas cuantas brutalidades pueden ocurrir á un coplero «montado en un perro.»

A las veces, la misma composición, variando nombres personales, horas ó lugar del suceso, sirve á los copleros para diferentes casos.

Si muere un niño, en lugar de los versos

«...fuiste ángel tutelar, persona conocida,
y tu familia no olvidará tus actos,»

manuscribe el poeta de la funeraria:

«...fuiste ángel, hijo de persona conocida,
y tu familia no te olvidará en sus actos.»

Y resultan los versos aún más cumplidos, y suena muy bien lo del «ángel hijo.»

De esos poetas de ocasión ó «aprovechando,» hay algunos que en seguida mandan el recibo á la familia feliz, á los recién casados, ó á los parientes del muerto, según los casos.

Es un arte de pedir limosna, complicado con agresiones á la poética, á la gramática y al sentido común.

Otros versifican gratis.

Son los más valerosos y más tenaces.

Los que se hallan ya en peor estado.

Casos graves, cargados de microbios poéticos.

Los desahuciados por la facultad y aun por las facultades.

Copleros por sorpresa ó de sorpresa, como las cajas con polvos de arroz que venden algunos comerciantes del gremio.

Al revolver de una esquina se tropiezan VV. con un soneto ó con unas décimas chicas; como si dijéramos: «perras chicas.»

No perdonan á muertos ni á vivos, á felices ni á desgraciados.

Y las autoridades civiles, militares y eclesiásticas... nada, sin procurar que se castigue á los criminales.

¿Cuando tan fácilmente pudieran ser habidos!

EDUARDO DE PALACIO.

¿QUE CÓMO ME GUSTAN?

Pues os lo voy á decir
comándome esa liebre,
yo no puedo consentir
que os devore la impaciencia.
En mis años juveniles
me entusiasmó una chiquilla

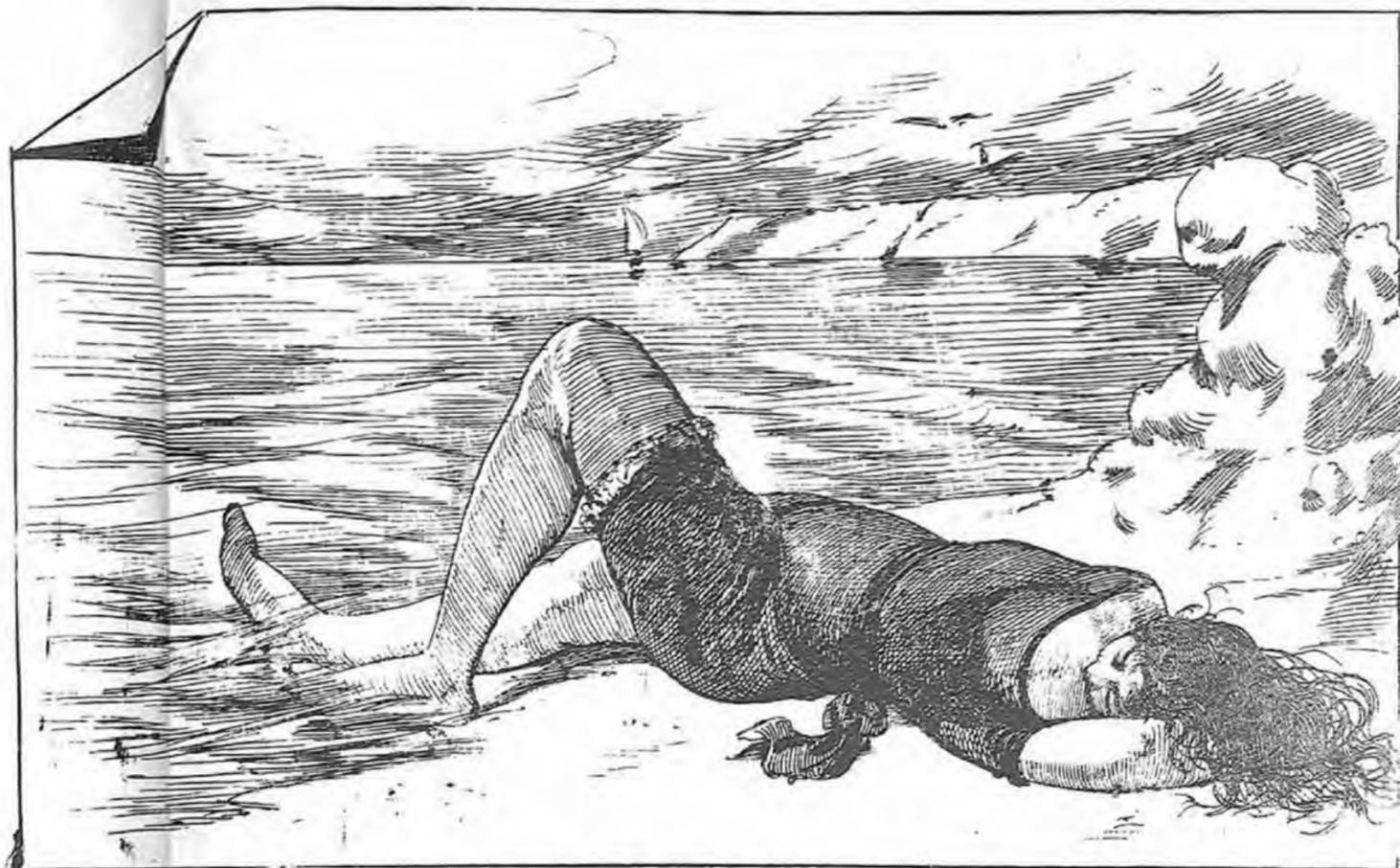
de once ó quince años,
traviesa como una ardilla
y pequeña y delgada
y casquivana y resuelta,
como pocas bien plantada
y como pocas esbelta.

JUNTO A LAS OLAS



—Somos caracoles tiernos
que venimos tras los soles
de tus ojos.

—Caracoles!
y dónde tenéis los cuernos?

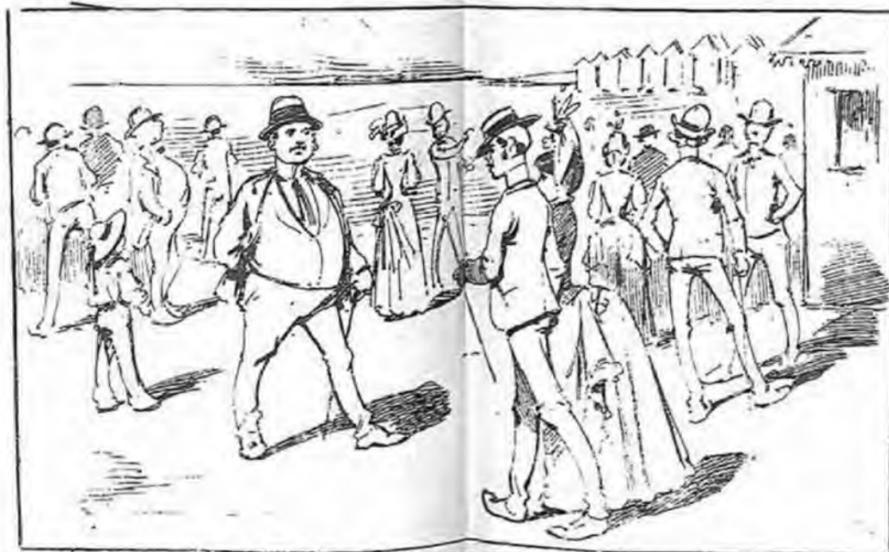


Durmióse en la playa, llegó la marea,
besóla los pies ..
(No se sabe si es fea ó no es fea,
si es Hero ó quién es.)



Ya empieza la marea
de la mañana.
Ya sube poco a poco,
quién fuera el agua!

Lit. de Brabo. Dibujo 14 y Carbon. T. Madrid.



La verdad es que nos estamos divir
tiendo espantosamente.



—¡Ay qué rica que está aquella chica,
¡y, qué rica, qué rica, qué rica!

Hablarme entonces á mi de buenas mozas, sería faltarme, porque ¡eso sí! con el alma la quería y no encontraba belleza fuera de aquella estatura, ni gracia, ni gentileza con más de un metro de altura.

Tromamos... ¡nunca es eterno amor de la juventud! y pasé todo un invierno llorando su ingratitud; pero olvidé poco á poco, y allá por la primavera me enamoré como un loco de una linda costurera, tan alta, que parecía á su lado un dominguillo, y para hablarla tenía que subirme en un banquillo.

Cuantas veces complaciente la acompañé por ahí, formaba grupos la gente para mofarse de mí; y avergonzado y corrido hui de mi compañera, cuando acaso hubiera sido feliz con la costurera!

La angustia devoradora fui pasando con Juanita (que la mancha de la mora con otra verde se quita).

Vera una morena Juana con más sal y más *aguil* que la mejor sevillana y que la flor del Perchel.

A mí me daba sonrojos al contarme su pasión echándome aquellos ojos tan negros como el carbón.

V entonces llegué á creer que una morena ¡uncal es todo lo que hay que ser cuando tiene *aguil* y sal.

Si alguno me dice:—¡Mira que rubia tan deliciosa!— le digo al punto:—¡Mentira!— y le rompo cualquier cosa.

Pues bien, apesar de todo reñí, por mi desventura, y aquello acabó de un modo que no tuvo compostura.

Luego me grandé de Rosa,

á quien hallé en el paseo, aunque era rubia, y muy sosa y con el talle muy feo.

Y tanto me enamoré, la quise tan de verdad, que ¡vamos! no me casé por una casualidad.

Y no encontraba consuelo en mujer que no tuviera los ojos de azul de cielo y rubia la cabellera.

Pues no paró aquí la cosa. ¡Soy tan enamorado que el pesar que me dió Rosa vino Andrea y lo deshizo!

Tenia Andrea una facha que, al recordarla, me achico, ¡la que tiene una muchacha de nueve arrobas y picot!

Cómo ella tendió las redes y yo me dejé cazar, ni lo entenderán ustedes ni yo lo puedo explicar;

pero, aunque el caso es extraño, es la verdad elocuente que la amé cerca de un año con una pasión ardiente,

y solo curó el amor que yo profesaba á Andrea un modelo de candor, delgado como una oblea.

Esta es la niña que adoro en la fecha en que esto escribo, y con sus dexednes floro y por sus caricias vivo.

Tal es la lista completa de todas mis relaciones. ¡Hallará quien se comprometa á explicar mis aficiones!

Ya ningún tipo me falta, no sé cual es mi ideal; negra ó rubia, baja ó alta, flaca ó gorda... me es igual.

El compromiso es muy grave vista la cuestión así, puesto que ¡cualquiera sabe cómo me gustan á mí!

Creo lo más racional que me enamore y me muera por... *todas en general* (como dice la habanera).

SINISIO DELGADO.

¡DE VERANO!

¿Conque vives intranquilo con este calor bestial? ¿Conque estás sudando el quilo? ¡Pues hijo, eso es natural!

¡Hace calor, lo comprendo! Tu casa será barata; ¡mas no has de sudar viviendo junto al *Horno de la Alata*!

Ya que no puedes gastar el dinero en Arcachón, si te quieres refrescar múdate de habitación,

pero teniendo presente que en esta época del año, no hay calle tan conveniente como la calle del *Baño*.

¡Múdate, no seas tontol ya ves qué sencillo es esto; por consiguiente, ve pronto, con un calzón, por supuesto, porque para nadie es grato que te espongas á la gente, con un traje muy barato pero muy poco decente.

Allí tendrás expansión y hasta tal vez tengas frío. Si no hubiera habitación, vete á la calle del *Río*,

donde encontrarás sin duda tres ó cuatro en un momento, porque en ella no se suda, ni tampoco en la del *Viento*.

Para esta horrible estación busca un refresco sencillo.

en la calle del *Tamón* con la calle del *Burguillo*, y como echas bien tus cuentas, sin apelar á la fuga lo encontrarás si frecuentas la calle de la *Luchuga*.

Hay también otro lugar bonito, aunque no muy sano, que es también, á no dudar, muy propio para el verano:

mas lo callo por cortés que es la razón más sencilla. ¿Que quieres saber cuál es?

¡Pues la calle de *Chimchillat* Como es calle muy oscura ¡no sabes bien lo que tiene! por lo cual se me figura que no es la que te conviene,

pues si se ceban en ti de tal modo te pondrán, que tú no sales de allí, no señor... ¡te sacarán!

Si apesar de mi advertencia ves que esto no te resulta, arma una noche pendencia, niégate á pagar la multa,

y sin mostrar una queja, por razones que no explico, haz, por fin, que una pareja te meta en el *Abanico*.

Como á ti nada te spura porque eres muy campechano... ¡ya verás con qué *fricatura* te pasas todo el verano!

FIACKO VRAVZOK.

EN PAÑOS MENORES

¿Qué momento aquel en que la dije: adiós, Angela! ¡Adiós, mi vida!

No tuve más remedio que resignarme á verla partir.

El momento más desgarrador de nuestra despedida fue aquel en que me aseguró que se moriría sin mí en las playas del Sardinero.

¿Cuánto enflaquecí en quince días! Vagaba por los «Jardines del Retiro» sin proyectar sombra.

Intenciones tuve de suicidarme; pero pensándolo mejor, recurri al generoso bolsillo de una tía mía, y me encaminé á Santander.

Llegué, y en la estación me hallé á un amigo mío, que adivinando el objeto de mi viaje, se apresuró á decirme:—Están en la fonda de..., piso principal, cuarto núm. 7.

No quise oír más.

Momentos después, dichoso en extremo, tomaba posesión del cuarto núm. 8, del cual fué trasladado, con no sé qué pretexto, un viajante de comercio que lo ocupaba, menos pródigo, sin duda, que yo, para el camarero.

Mi amor había ido allí acompañada de su hermana y de su mamá.

En aquel momento habían salido á paseo.

Yo me entregué á discurrir la sorpresa que debía proporcionarlas.

Pensé en llamar, en instante oportuno, por la puerta que comunicaba interiormente con mi cuarto, y cuya cerradura estaba pudorosamente obstruida por la parte del suyo.

Pensé si llamaría á Angela desfigurando la voz, si sería mejor echar una tarjeta mía por debajo de la puerta, ó si presentarme de improviso por la puerta exterior del pasillo; en fin, una porción de niñasas.

Y todo eso lo pensaba estando asomado á una ventana desde la cual se dominaba el Sardinero, y se respiraba un ambiente purísimo.

Me sentía completamente feliz.

Al poco rato de ocupar aquel observatorio, la ví llegar con D.^a Mónica y Consuelo.

Esto no es completamente exacto.

Mi Angela, el ángel de mis ilusiones, venía delante de su mamá y de su hermana, á bastante distancia, y se dejaba acompañar por un teniente de Artillería.

¡Ingrata! ¡Cruel! ¡Perjura! ¡Traidora!

Se detuvieron debajo de mi ventana para despedirse; y como las frases que cambiaron llegaban perfectamente claras á mis oídos, no me dejaron dudar ni un instante de su perfidia.

Creo que me desmayé ó que, por lo menos, estuve hecho un idiota durante largo rato.

«La despreciaré!» dije patéticamente; y decidido á huir de aquellas playas, en las que dejaba destrozado mi corazón, recogí la maleta, pasé vacilante junto á aquella puercecilla *incomunicada* y me enjugué una lágrima.

En aquel momento entraban ellas en su cuarto y resonó en mi alma la voz dulcísima de Angela.

¿Cómo irme sin verla?

Dejé la maleta sobre la cama, y con un cortapiumas empujé el tapón de trapo que obstruía el ojo de la cerradura.

¿Qué bonita estaba Angela!

Ella y Consuelo empezaban á despojarse de los adornos necesarios, en tanto que D.^a Mónica, sentada en una mecedora, se ocupaba en abanicarse.

Después...

Aquel espionaje era impúdico; pero yo me hubiese dejado fusilar, antes que separarme de allí.

Las dos hermanas lucían elegantísimos trajes de glase, color rosa, cuyos cuerpos desaparecieron á mi vista lentamente, corchete á corchete.

Luego, con igual precisión, ejecutaron un movimiento rápido y las faldas salieron, ocultando por la duración de un relámpago aquellas cabecitas, que ya contemplaba entusiasmado, pues había olvidado por completo la traición de mi novia.

¿Qué transparencia, qué blancura la de Consuelo!

¿Qué escultura tan admirable la de Angela!

Riquísimos canesús de encaje asomaban dos dedos por encima de los corsés; corsés encarnados, llenos de ballenas artísticas, para modelar mejor aquellos dos cuerpecitos de virgen.

Se desataron varias cintas (yo estaba empapado en sudor) y de un solo golpe ví caer á sus plantas el resto de la ropa, de la cual se desliaron dando un saltito por cima de ella, para presentarse á mis ojos en paños menores.

¡Pero qué menores!

¡¡Horror!!
No pude menos de golpear la puerta como un loco y gritar desafortadamente:

—¡¡¡Esto es un engaño, señoritas!!! ¡¡Menos baños de mar y más ropa blanca!!

MIGUEL CASAS.

CANTARES

Tienen bajo la frente
las mancheguitas
dos ojillos feudales
que tiranizan.
¡Ay, Dios! quién fuera
vasallo de los ojos
de una manchega.

Suspiritos de mi alma
siempre te estoy enviando,
pero hace un viento muy fuerte
y se los lleva a otro lado.

Cuando te veo me acuerdo
de aquel día de la nieve,
en que diste un tropezón
y te quedaste sin dientes.

Al pie de tus balcones
pesqué un catarro.
y con este son ocho
los que he pescado.
Si es que me amas,
cuando quieras que hablemos
dame una capa.

Si al infierno van las niñas
que no tienen corazón
que te arreglen la maleta
y bájate a la estación.

A un juez le tratan de *Usta*,
á un Rey de Su Majestad,
y á Dios, con ser más que todos,
le hablan de *tú* nada más.

J. MARÍA PONTES.

CÓMO SE DAN LOS CONSEJOS

Decía el buen don Julián
á su sobrina Dolores,
respeto de unos amores
que ella no ve á dónde van,
persuadido de que son,
cubiertos de falso alifio,
más que expresión de cariño
base de mala intención:

—No seas, Lola, inocente;
el amor que no da tedio,
no admite término medio,
ó se siente ó no se siente.

Tú medita, descartando
el oro que le hermozea,
si su presencia recrea
tu corazón, harto blando.
Si es elocuente y sincero
al hablarte, que el amor
se ha de expresar con calor
cuando es amor verdadero.

Y si nada de esto ves,
despáchate, con razones,
no lleses tus pretensiones
á un lugar, donde después,
cuando para la salida
busques en vano un remedio,
no puedas sufrir el tedio
y te asesines en vida.

No des nunca la razón
á aquello que á otros les daña,

que las más veces engaña
del hombre la posición —

Pasó el tiempo, y don Julián
llegó á sospechar que todo
era de distinto modo
del que anhelara su afán.

Pues los amores seguían
y aumentaba más el juego
á medida que del fuego
los vapores se sentían.

Y de aquel amor sin fe
que tan frío comenzó,
á muy poco resultó
lo que yo nunca diré.

Más si debo consignar
que cierta tarde de estío,
á merced de su albedrío,
y queriendo aprovechar
un instante en que el pariente
se separó de su lado,
sonó un beso tan marcado,
como dulce y vehemente.

Sin duda al tío le dió
el oír á chamusquina,
y yendo hacia su sobrina
como una fiera, gritó:

—¡Eh, niños! ¡Prudencia al canto!

—¿No ha dicho usted que el amor
se ha de expresar con calor?

—Con calor... ¡pero no tanto!

RAMÓN CABALLERO.



«¡Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!»
dijo Espronceda al sol.

Si me lo hiciera bueno cualquier vate...
le daba un beso... ó dos.



¿Se acuerdan VV., por casualidad, de nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez? Yo casi no me acuerdo.



Como VV. habrán visto á estas horas, en este número no se publica el capítulo correspondiente á LAS VIRGENES LOCAS. Lo cual depende de que no hay en Madrid escritores... ¡y eso que dicen que estamos á la cuarta pregunta!

Hemos encargado la continuación á Vital Ara; pero este joven viaja por Asturias y recibirá las cartas sabé Dios con cuánto re-

traso. Confiamos, sin embargo, en que para el número próximo habrá recibido el aviso y remitirá el original.

Entretanto, perdonen VV., pero el estío es insoportable por todos conceptos.



Mi amigo Pascual Perales
detesta lo artificial.
Tiene seis hijos Pascual
y todos son naturales.

DONATO EGINAYO.



Mansi no ha presentado la dimisión todavía.
Pero la presentará; no me cabe duda.
¡Más que se me resistió Creus no ha de resistir él!



En el Circo de Price
hace hoy su beneficio Tony-Grice.
Para dar á esta fiesta novedad,
trastea y mata un toro de verdad.
Aviso, por lo tanto, á la grandeza,
de que á las nueve empieza.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. C. P.—Madrid.—El *quid pro quo* no se puede evitar. Tienen ustedes la misma inicial del nombre y el mismo apellido, salvo el acento.

El fijarse.—Nada de curas. ¡Eh?

Sr. D. F. G. B.—Madrid.—¿El quid? 96.

Sr. D. V. J. B.—Madrid.—Lector asiduo, solterón, feo y no sabe hacer un mal verso. Es decir, malos sí; ¡Y tan malos!

Sr. Trivales.—No es muy trivial, pero le falta poco. Para ser incorrecta si que no le falta nada.

Los de la aguja.—No puedo contestar en el periódico. Si es empaño, escribiré si VV. me mandan señas.

Sr. D. J. G.—Valencia.—Eso no es malo, ¡es atroc! ¡Vaya una manera de meterse en lo que no se entiende!

Sr. D. L. S.—Albacete.—Pero hombre, ¡si ese cuento lo sabe todo el mundo! Yo creo que hasta los habitantes de Neptuno lo saben.

Sr. D. V. T.—Madrid.—¿Que no es guasa el apellido? Bueno. No recuerdo la composición, pero no me gustó, de seguro, puesto que no está admitida.

El astillero del Circo.—Es vulgar, muy vulgar.

Sr. D. A. C.—Madrid.—El único que podría pasar sería el último, si no fuera porque no hay nadie que se llame *Contipado* de apellido. Ni hay posibilidad.

Sr. D. C. G.—Madrid.—Sirve el *Nocturno*. Es bonito.

Simeón.—Ay, señor don Simeón,
qué chiquita y qué tontita
es esa composición!

Sr. D. C. D.—Madrid.—No es de la indole del periódico. ¡Como que lo malo no es de la indole de ninguno!

Chispilla.—Madrid.—He conocido la letra, ¿estamos? y me gusta poco la composición. Pero ese es el camino.

Sr. D. B. E.—Santander.—En cuanto huelan que hace V. versos por el estilo, no van á versar las gentes.

Sr. D. F. G.—Barruelo.—Sí, señor; se enviaron, y hoy van de nuevo... [Este Mansi]

Sr. D. J. E.—Reinosa.—Se publicó en el número 42 y es de Ricardo Monasterio.

Sanción Pansa.—Barcelona.—Has de saber, amigo Sancho, que el que malas composiciones há, tarde ó nunca las ve en los papeles que llaman periódicos.

Combrino.—Cádiz.—¿Cuente V. esas sílabas, alma de Dios!

Sr. D. L. L.—Cádiz.—Se publicará en seguida.

Andaluz.—Sevilla.—¿Me quería V. dar la castaña? Eso es del almanaque del *Gil Blas* (1.^a época) y creo que lo firmaba Ximénez Cros. A mí no me la pega ningún chato.

Pequeña.—Composición larga, asunto escaso y vulgar...

Sr. D. D. M.—Palencia.—Sí, hombre; ¡pidan VV. lo que quieran! ¡La falta no es de aquí!

Kéle.—Muy señor mío y amigo,

muy señor mío y mi dueño:
Dígame usted á quién diablos
le interesan esos versos.

Sr. D. S. C.—Madrid.—Hombre... ¡eso es político!

Sensible.—¡Nacal insensible á mis amonestaciones.

Risueño.—¿Pues la composición es casi lacrimosa.

Sr. D. L. G.—Cuenca.—Ese género ha pasado de moda.

Domingo.—Firmar Domingo y no ser festivo... ¡parece mentira!

Sr. D. A. R.—Madrid.—Sirve.

Balpi.—Demasiado conocido es, pero en fin, venga la firma.

Santana.—Tiene V. razón, es una pequeñec. ¡Y qué malita es, además, la condenada!

EN EL CAMPO



Capota novedad para la siega.
 Cuando el marido llega
 y, rabiando de celos, se alborota...
 ¡va el amante, y se esconde en la capota!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segunda

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
 CHOCOLATES
 ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR!

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
 EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 75.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ferraz 40, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO